

3

calentada: paliza, golpes.

altar de muertos: mesa en donde se honra a los muertos en México. En ella se colocan **calaveritas de azúcar** (dulces típicos con la forma de un cráneo humano), **alfeñiques** (dulces de azúcar en forma de animales), fruta y la comida favorita de la persona muerta. Se adorna con **papel picado** (papel de colores que, cortado, crea figuras alusivas a la muerte).

La Catrina: hombre o mujer de clase social alta que viste de manera elegante, en forma de esqueletos o muertos “bien vestidos”.

Tzenpatzuchil: flor de color amarillo intenso que se usa para el Día de Muertos en México.

Durante los siguientes días, además de dormitorio para todos, la casa de huéspedes “doña Chonita” sirvió a los amigos de Nando de refugio para liberarse del enojo de los tres michoacanos ofendidos y, por supuesto, para liberarse de la **calentadita** que de seguro querían propinarles éstos por tan osada actitud. Esta situación a todas luces embarazosa, permitió a Nando salir al pueblo sin la molesta y problemática compañía de sus amigos.

Nando aprovechó entonces para visitar los **altares de muertos** que el gobierno local había colocado en el parque para los turistas y los habitantes locales. **Calaveritas de azúcar** y de chocolate, pan de muerto, **alfeñiques**, esqueletos y fruta de la estación eran parte de la decoración de los altares. Por supuesto que el **papel picado** con diversas figuras de “**La Catrina**” y otras “muertes” daba el colorido tradicional de la temporada. Pero lo que más sentido daba a la celebración, era el característico color amarillo de las flores de **Tzenpatzuchil** y su penetrante olor a nostalgia, a tristeza, a recuerdo. Recuerdo por todos aquellos que se habían ido y que, en esos días, tendrían la oportunidad de “estar nuevamente entre los vivos”: en forma

copal: incienso usado desde los aztecas.

abarrotar: llenar.

cola: fila de personas.

veladoras: velas que se colocan en bases de cristal.

dar una manita de gato: hacer arreglos más o menos superficiales.

difunto: muerto.

mole: salsa base de la comida mexicana hecha con una gran variedad de chiles, plátanos y chocolate.

animosas: alegres.

puidentes: personas con dinero.

de altares, en forma de **copal** encendido, en forma de fotografía, en forma de objetos personales para ser vistos por los familiares, etc.

Ese día primero de noviembre, además de visitar los altares, Nando aprovechó la oportunidad para buscar y tratar de encontrar nuevamente a la joven que lo había cautivado de manera tan profunda. Caminaba por el parque, iba por las diferentes iglesias, paseaba por el mercado municipal... nada. No podía dar con ella. Parecía que la tierra se la había comido.

Llegó entonces al panteón municipal. Un río de gente ya **abarrotaba** el lugar. Hombres, mujeres y niños, hacían una **cola** interminable para entrar y salir. Todos entre sus brazos, llevaban ramos de flores de Tzenpatzuchil –o flores de muerto como también se conocen–, velas y **veladoras**, utensilios para limpiar las tumbas, pintura, jabón, escobas, trapeadores. Todos iban con el mismo objetivo: honrar a sus “muertitos” limpiándoles sus tumbas, dándoles una **manita de gato**, colocándoles las flores y las veladoras, pasando tiempo con ellos, para recordar al padre fallecido, a la madre, al hijo, al hermano, al tío... a todos los que se habían “adelantado en el viaje al más allá”.

Muchas familias incluso, llevaban comida al panteón para poder comer en compañía del **difunto**, para contarles, entre un plato de **mole** con arroz blanco, las penas de la familia, las alegrías, las preocupaciones. Otras familias más **animosas**, llevaban música al lugar: los más **puidentes** llevaban mariachis, conjuntos norteños, tríos; los que no, se conformaban con llevar una grabadora con casetes o discos compactos del

cantante o la cantante favoritos del pariente muerto. Todo este marco servía para exaltar el culto a la muerte de la gente. Con miedo, pero a la vez con cierta “familiaridad”, con respeto a ella pero al mismo tiempo comiéndosela literalmente en forma de dulce, de pan.

Nando estaba maravillado ante ese desfile de figuras, colores, formas, olores y sonidos. Su cámara trataba de capturar el mayor número de imágenes posibles siguiendo la velocidad del dedo índice de su dueño. Un rollo, dos, tres... todos no eran suficientes para semejante espectáculo cultural. En pleno frenesí estaba detrás de su cámara cuando el último rollo que traía se terminó.

– **¡Chin!** ¡Se tenía que acabar el rollo justo ahora!
¡Ni modo! Tendré que ir a comprar otros más.

De repente, mientras colocaba el nuevo rollo, vio a lo lejos, con alegría inmensa, la figura de Rosita acercándose hacia donde él estaba. En ese momento Nando sintió que el sol iluminaba con mayor intensidad el día, vio fascinado su andar y quedó nuevamente maravillado de cómo su cabello rizado se movía caprichosamente por la suave brisa. Mientras más se acercaba ella, su corazón empezaba a latir a más de mil por hora.

Pero Rosita no se daba cuenta de eso: venía un tanto distraída, pensando en las miles de cosas que necesitaba hacer para ese fin de semana. De pronto, aquella chica de enormes ojos oscuros como la noche, sintió una fuerte mirada que se aferraba a ella. Levantó

¡chin!: expresión de disgusto.
¡ni modo!: expresión de resignación ante un evento.

instintivamente la cabeza y lo vio, vio a Nando. Nuevamente una especie de hechizo hizo presa de los dos. Ahí estaban frente a frente. Nadie se atrevía a decir palabra alguna. Parecía que tenían miedo de romper el encanto del momento.

– ¡Hola! ¿Cómo estás? Eh... me... ¿me recuerdas?
–dijo Nando con una voz vacilante al atreverse a dar el primer paso.

Como respuesta, Rosita sólo bajó la mirada, **encogió los hombros** y mostró una leve sonrisa. La respuesta de Rosita le dio entonces a Nando una inesperada seguridad, con la cual empezó a hablarle de una manera más contundente y con la picardía tan habitual en él.

– ¡Sí! Sí que me recuerdas, ¿verdad? –y le guiñó el ojo con aire de complicidad.

A partir de ese momento, iniciaron una conversación que duró horas. Empezaron hablando sobre el “accidentado” encuentro que habían tenido en la plaza, sobre la manera en que Darío reaccionó a la “impertinencia” de Nando, sobre el turbulento “secuestro” de sus amigos, sobre la actitud “ligera” de aquellas chicas y por supuesto, sobre el ataque de celos de sus novios. Todo era motivo de risa para los dos.

Esta primera conversación fue interrumpida súbitamente por las campanas de la Catedral, que le hicieron recordar a Rosita que tenía que estar ya en casa para no preocupar a sus padres.

encoger los hombros: levantar levemente los hombros.

- ¡Me voy, me voy! ¡Es tardísimo! –reaccionó Rosita.
- ¡Espera! No te vayas así... al menos dime que nos veremos, ¿verdad que nos veremos?
- ¡Sí, sí! ¡Pero me tengo que ir ahora!
- ¿Mañana? ¿Aquí mañana? –preguntó Nando casi corriendo detrás de ella.
- Ajá, seguro... pero de verdad me voy, me voy... –alcanzó a decir Rosita, ya sin voltear a ver a Nando.

Esa noche, Rosita, literalmente “voló” a su casa. Mientras corría, iba pensando en sus padres y en la posible molestia por su tardanza.

- ¡Me van a matar! ¡Me van a matar! –repetía a cada momento.

Por seguro que no la matarían. A pesar de que los padres de Rosita eran un tanto rígidos, **chapados a la antigua** y que daban muchas veces una imagen de severidad y de dureza para que los hijos **no se salieran del huacal**, eran en muchos sentidos generalmente buenos, comprensivos y hasta cierto punto flexibles con todos sus hijos.

Después del susto de su llegada a casa, Rosita se dirigió inmediatamente a su habitación, dejó sus libros a un lado de su puerta y se lanzó sobre su cama. Ya en ella, empezó a pensar sobre el encuentro con Nando, sobre lo agradable de la conversación, sobre lo sim-

**chapado a la anti-
gua:** tradicionalista,
conservador.
**no salirse del hua-
cal:** no salirse de los
límites.

pático de sus ocurrencias y de sus chistes. Pero sobre todo, empezó a pensar en lo penetrante de su mirada, en la fuerza de su voz, en su seguridad cuando hablaba, en su autonomía, en su firmeza y en su certeza sobre la vida. Con todo, Rosita estaba segura que Nando proyectaba más que cualquiera de sus actuales pretendientes, incluyendo claro está, a Darío. Si antes de conocer a Nando, Darío no era muy importante para Rosita, después de conocerlo, éste dejó de existir definitivamente para ella.

Era obvio que el primer encuentro entre Nando y Rosita trajo consigo la promesa de varios encuentros posteriores. Ambos se sentían ya atraídos y querían conocerse aún más. Afortunadamente para los dos, después de las celebraciones del Día de Muertos, las fiestas en honor de San Agustín, uno de los santos patronos del lugar, se llevarían a cabo precisamente en ese fin de semana. Con esto, el pueblo de Pátzcuaro siguió de fiesta. Perfecto marco para un nuevo encuentro entre los dos y poder continuar así con la conversación y conocerse cada vez más.

Durante todo el sábado de ese largo fin de semana festivo, ambos se divertieron desde temprano en la feria que se instaló en la plaza: se subieron a casi todos los juegos mecánicos que había; presenciaron el rito de los **voladores de Papantla**, de las danzas de los **Concheros**; vieron el espectáculo callejero de mimos y payasos; tomaron café, helado, **raspados**; comieron en la fonda de doña Ernestina, etc. Todo lo anterior, entre las bromas de Nando, entre pláticas que iban desde temas serios hasta temas irrelevantes y cómicos. Fue, sin duda alguna, un día perfecto para los dos.

voladores de Papantla; los **Concheros:** grupos de indígenas que representan tradiciones antiguas como bailes.

raspados: hielo picado cubierto de jarabe dulce de frutas.

chismerío: chismes, rumores.

pueblo chico, infierno grande: refrán; en lugares pequeños donde no pasa nada, las cosas más insignificantes son relevantes, como los chismes.
víboras del pueblo: personas chismosas.
(siempre hay) una mosca en la sopa: para decir que no todo es perfecto.

guiñar: cerrar un ojo.

Como a eso de las siete de la noche, Rosita pidió regresar a casa. Quería ella evitar un posible regaño de sus padres. Muy a su pesar, Nando aceptó la petición de ella. A unos pasos de su casa, Rosita decidió despedirse de Nando. No quería llegar con él hasta allá. No era bien visto para una chica de su edad llegar en compañía de un hombre extraño. Quería evitar el **chismerío** de las vecinas que siempre disfrutaban de crear rumores.

- **Pueblo chico, infierno grande**, ¿verdad? –comentó Nando a manera de expresar su entendimiento y respeto a la decisión de Rosita.
- Ya ves, las **víboras del pueblo** nunca faltan. Siempre hay **una mosca en la sopa**. No falla. –dijo Rosita.
- ¿Mañana? –preguntó Nando con una expectativa evidente.
- Mañana... –respondió Rosita– mañana tengo que pasar el día con mis padres... pero el lunes, después de clases, “tengo que ir a la biblioteca” para investigar sobre un tema “muy difícil y complicado”... no sé, tal vez voy a estar ahí desde las tres hasta las siete de la noche –sonrió Rosita **guiñando** ahora ella el ojo.
- ¿Sabes dónde está la biblioteca? –preguntó Rosita con la confianza de que Nando había entendido el “mensaje”.
- Y si no sé dónde está, lo investigo –y empezaron a reír a carcajadas, confirmando así su nueva cita para el lunes. Se despidieron.

El lunes, la cita se llevó a cabo como se había pactado. Nando se encontró con Rosita afuera de la biblioteca. Y no sólo ese lunes sino en días posteriores, más citas, más encuentros se llevaron a cabo: los parques de Pátzcuaro, los atrios de sus iglesias, sus cafeterías y hasta las paradas de autobuses, fueron sus puntos de reunión. De esos encuentros, surgió el entendimiento; al entendimiento le siguió la atracción; a la atracción el cariño y al cariño, el amor. Era ya innegable lo que había nacido entre los dos. Ninguno sospechaba que ese sentimiento que empezaban a tener los uniría años más tarde en la felicidad, pero también en la desgracia... pero eso no lo sabían en esos momentos.